

**MASANOBU FUKUOKA,**  
***VOLVER A LA NATURALEZA: RECUPERANDO EL***  
***PARAÍSO PERDIDO,***  
**EL BOLSÓN, EDICIÓN CRIOLLA, 2010, 286 PP.**

---

**Fernando TULA MOLINA**

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES – CONICET

ftulamolina@gmail.com

El pensamiento de Fukuoka, inspirador de la permacultura, representa una versión extrema dentro de los debates recientes sobre la necesidad de revisar nuestro rumbo civilizatorio, basado en una sociedad industrial de alta tecnología. De familia campesina y agricultor, Fukuoka también se formó científicamente y dominó el campo de la patología botánica, dedicándose a estudiar los posibles cruzamientos de hongos. Sin embargo, un día se le hizo manifiesto que la ciencia puede crear monstruos, abandonó su empleo y regresó a su tierra natal. Para reseñar este pensamiento que desdeña el pensamiento, voy a enmarcarlo en un conjunto de paradojas y a explorar su riqueza.

I. *Paradoja del conocimiento*: “A medida que el conocimiento humano se profundiza, las cosas no se aclaran, sólo se incrementan los misterios y el nivel de confusión... la humanidad se ha desarrollado a través del intelecto humano, y ahora, a través del mismo proceso, está colapsando” (97). Por este motivo la gran cuestión será si es posible establecer “claramente qué son el conocimiento y el pensamiento humano” (211). Aun así, aunque no resolvamos el interrogante mayor, está claro que nuestro proceso de conocimiento tiende a la fragmentación y no a una visión integral de la naturaleza. Por otro lado, seguir el camino contrario, tampoco tiene buenas perspectivas: “No importa qué palabras usemos, no somos capaces de discutir la naturaleza botánica, o describir la forma de la naturaleza desde un punto de vista cósmico” (153). Es frente a esta frustración que debemos entender la paradoja del conocimiento: “El primer principio de mi sistema es que nosotros no entendemos, que no es posible saber ni entender... perdí la medida para juzgar lo que es verdadero y falso” (139).

II. *Paradoja de la ciencia*. Consecuencia directa de lo anterior es que se pregunte si las personas formadas en disciplinas especializadas tienen “la ca-

pacidad para conocer una simple planta de arroz” (143). De modo general, rechaza por restrictiva la visión de que la fuente de la vida proviene de los ácidos nucleicos, llevándonos a considerar que tal origen queda “fuera del alcance de la ciencia; no es algo que los biólogos puedan estudiar” (120). En tal sentido, lo importante no será el curso evolutivo tomado por un organismo, sino “el curso tomado por la vida en todas las cosas” (120). En este contexto, “lo que debería tener prioridad en las investigaciones humanas sobre la vida, es la renuncia a las nociones intelectuales sobre la vida basadas en distinciones entre lo que está vivo y lo que está muerto” (213). Paradójicamente, debemos vaciar nuestra mente para “conectarnos con la naturaleza” (197). Las nociones básicas del conocimiento científico de espacio y tiempo “no son elementos que jueguen un papel directo en la verdadera alegría y felicidad del hombre: sirven sólo para encadenar y atormentar al hombre” (213). El valor del funcionamiento de la vida, la alegría y la felicidad “no pueden ser medidas con las nociones de tiempo y espacio” (214).

III. *La eficacia de la ignorancia*. Lo sorprendente es que este camino, inverso al conocimiento especializado, es altamente eficaz a la hora de la cosecha. Mientras que en la agricultura científica “para cosechar una caloría de energía se invierten 2 en la Tierra” (33), la agricultura natural permite “cosechar 2 calorías de energía por cada caloría invertida en la Tierra”. El ataque de Fukuoka es claro contra la *agricultura científica*, cuyas consecuencias a nivel de entropía y polución están “socavando los cimientos del sistema americano” (108). Al volverse manifiesto que “la energía puesta en la Tierra es superior que la que se recupera en las plantas... los campesinos se vuelven inseguros financieramente e incapaces de generar beneficios” (171). El campesino norteamericano “hace menos dinero en 200-300 has. que el campesino japonés en 1-2 has”. Esto se debe “a la declinación de la tierra como consecuencia del abandono de la naturaleza y la dependencia de una energía artificial como la del petróleo, en vez de una energía natural, y la apropiación por parte de los intermediarios, de los beneficios de la producción y las ventas” (240). Así “aberraciones en la agricultura crea aberraciones en la cultura urbana” (43), ya que “si la agricultura toma un camino equivocado, entonces la cultura también fracasa”. Por el contrario, luego de más de diez años de prédica, las mediciones de la estación agrícola mostraron que el método natural (basado en la siembra directa y escalonada de cebada y arroz) fue superior al basado en arado, trasplante y el uso intensivo de fertilizantes y pesticidas.

IV. *La plenitud del vacío*. Desencantando del conocimiento especializado de la ciencia, Fukuoka nos insta a abandonar las palabras y a prestar atención

sólo a los resultados de distintas combinaciones de siembra directa. El proceso, basado en la filosofía de la no-acción, deriva en la *intervención mínima*: sembrar en los momentos adecuados... y “salir del campo”. Al abandonar el conocimiento científico, y “vaciarlos” de sus palabras, podemos conectarnos con la propia evolución de la vida en el campo, y reconocer resultados sorprendentes que serán la base de nuestros ensayos ulteriores. Pero este vaciarnos no es sólo dejar los libros en el estante, sino que implica también un abandono consciente de uno mismo a un estado de “menores deseos y ataduras”... algo que muchos no entienden, quedándose solamente con la idea de “proteger la naturaleza” (196). La importancia de este cambio en la actitud interior es tal que sobrepasa a lo específico de su método agrícola: “la agricultura no era para nada lo que estaba haciendo. Lo que trataba de establecer era la validez de la idea de que no necesitamos hacer nada” (139). En este punto se consuma la paradoja de llevar adelante una lucha incansable por la filosofía de la no-acción.

En todas estas paradojas resuena la cosmología budista: la meditación en lugar del pensamiento, la fruición de la conciencia profunda o “contacto” con la naturaleza, y la idea de que la naturaleza “sólo puede ser entendida por un corazón no discriminativo” (155). La eficacia de su método puede ser vista como una “demostración de que ninguna acción tiene valor desde el punto de vista de la agricultura” (158).

En cualquier caso esto deriva en propuestas de alto poder sugestivo como la *economía del Mu (Nada)*. No sólo la mayoría de las veces nuestras acciones no tienen valor, sino que las cosas - desde su punto de vista - tampoco lo tienen: dependiendo de si es antes o después de una inundación, el agua puede tener valor o no. En este sentido, sugiere que los economistas deberían apurarse a “establecer una *economía de la felicidad* que empiece desde este punto” (158). Su intuición es que “si el granjero norteamericano tuviera una dieta mejor, y viviera una vida más rica y feliz, entonces no tendrían necesidad de exportar a otros países” (43). Queda claro, entonces, que Fukuoka ve en la agricultura natural un cambio radical, en el sentido de que la relación con la naturaleza “tienda hacia la abundancia y al enriquecimiento de la vida humana” (175); y esto no como un sistema, sino que “en un paraíso de naturaleza pura, ningún sistema es necesario” (183). En tal sentido, su conclusión es que no importa cuán desarrollada sea la vida moderna “no podrá compararse con una vida en armonía con la naturaleza” (184).

Sea como fuere, mi intención fue la de presentar la riqueza de sus parado-

■Fernando TULA MOLINA

jas, las cuales, al igual que las rotondas, tienen múltiples salidas.

El autor es doctor en Filosofía por la Universidad Nacional de La Plata, Posdoctorado por la Universidade de São Paulo e investigador adjunto del CONICET. Su área de interés es la filosofía de la ciencia y de la tecnología. Es autor de *Eficacia y Legitimidad de las Prácticas Científicas* - Mención Especial Concurso Nacional de Ciencias - (Eudeba, 2011). Coautor de *Culturas Científicas y Alternativas Tecnológicas* (MINCYT, 2012).